

SCARLETT THOMAS

EL VALLE DEL
DRAGÓN



EL GRAN TEMBLOR

LIBRO PRIMERO



Traducción del inglés de
Sonia Tapia

Título original: *Dragon's Green (Worldquake Book 1)*

Ilustración de la cubierta © Dan Mumford

Copyright © Scarlett Thomas, 2017

Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd,

14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-870-1

Depósito legal: B-7.934-2018

1ª edición, mayo de 2018

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Este libro es para Rod, que me llevó al Valle del Dragón cuando más lo necesitaba, y para Roger, que me enseñó la manera de salir del castillo encantado.

Y también es para Molly, una primera lectora maravillosa que me recordó por qué siempre quise ser escritora.

Nosotros mismos somos un término de la ecuación,
una nota del acorde, y provocamos conflicto o armonía casi a voluntad.

ROBERT LOUIS STEVENSON

Aplica tu energía, junto con el poder de tu mente.

T.H. WHITE

1

La señora Beathag Hide era justo el tipo de profesora que provoca pesadillas a los alumnos. Alta y delgada, y con unos dedos extraordinariamente largos, como las ramas afiladas de un árbol venenoso. Llevaba unos jerséis negros de cuello alto que hacían que su cabeza pareciera un planeta que estuviera siendo expulsado poco a poco de un universo hostil, y unos trajes gruesos de *tweed* de unos tonos rosados y rojos extraños, como de otro mundo, que daban a su rostro un aire tan pálido que parecía una fría luna llena de enero. Resultaba imposible saber si tenía el pelo largo o no, porque lo llevaba recogido en un moño apretado, pero era del color de tres agujeros negros juntos, o tal vez incluso cuatro. Olía a esas flores que jamás se ven en la vida real: flores de un azul muy muy oscuro que sólo crecen en las cumbres de las montañas remotas, quizá en las mismas tierras salvajes e inhóspitas en las que crece el árbol a cuyas ramas tanto se parecían sus dedos.

O por lo menos así era como la veía Maximilian Underwood aquel lunes otoñal de finales de octubre, de tonos rosáceos y cargado de hojas marchitas.

El mero sonido de su voz bastaba para hacer llorar a los niños más sensibles, incluso a veces era suficiente con que la recordaran por la noche, o durante un trayecto solitario en un destartalado autobús escolar un día de lluvia. La profesora Beathag Hide infundía tanto miedo que, por

lo general, sólo se le permitía dar clases a alumnos del ciclo superior. Sus temas favoritos parecían implicar muertes prematuras y violentas, y era una apasionada del mito griego de Cronos, el dios que se comió a sus propios hijos. En la clase de Maximilian lo habían estudiado hacía dos semanas y habían confeccionado a los desgraciados niños con papel maché.

La profesora Beathag Hide en realidad estaba sustituyendo a la señorita Dora Wright, que era la auténtica profesora de la asignatura y que había desaparecido después de ganar un concurso de relatos. Algunos decían que la señorita Wright se había marchado al sur para hacer carrera como escritora. Otros aseguraban que la habían secuestrado por algo relacionado con el relato que había escrito. Aunque eso era poco probable, puesto que la historia pasaba en un castillo y en un mundo totalmente distinto del nuestro.

En cualquier caso, la cuestión era que había desaparecido y que ahora su alta y aterradora sustituta estaba pasando lista. Y Euphemia Truelove, a la que todos llamaban *Effie*, no estaba en clase.

—Euphemia Truelove —dijo la profesora Beathag Hide por tercera vez—. ¿Tampoco ha venido hoy?

La mayoría de los alumnos de aquella clase, que era el grupo avanzado de literatura del primer curso del Colegio Tusitala para Dotados, Problemáticos y Raros (en realidad, ése no era el verdadero nombre de aquel colegio de pináculos grises y retorcidos, tejados con goteras y una larga y noble historia, pero, por diversas razones, así era como lo llamaban ahora), ya se había dado cuenta de que lo mejor era no contestar a lo que preguntara la profesora Beathag Hide, porque cualquier cosa que dijeran probablemente estaría mal. La manera de sobrevivir a sus clases era quedándose muy quieto y callado, y rezar para que no se fijara en ti. Un poco como actuaría un ratón si se viera encerrado en una habitación con un gato.

Incluso los alumnos más «problemáticos» de primero, que habían acabado en el grupo avanzado a base de copiar,

por algún talento oculto o por pura casualidad, sabían mantener el pico cerrado en la clase de aquella maestra. Luego lo compensaban zurrándose con más ganas en el recreo y ya está. Por su parte, los niños más «raros» tenían su propia manera de sobrellevarlo. Raven Wilde, una niña cuya madre era una escritora famosa, estaba en esos instantes intentando lanzar el hechizo de invisibilidad que había leído en un libro que había encontrado en su desván, aunque, por el momento, sólo le había dado resultado con un lápiz. Otra niña, Alexa Bottle, a la que llamaban Lexy y cuyo padre era profesor de yoga, sencillamente se había sumido en un estado de meditación profunda. Todos estaban muy quietos y todos estaban muy callados.

Sin embargo, Maximilian Underwood aún no le había pillado el tranquillo al asunto, como suele decirse.

—Es por su abuelo, profesora —contestó—. Sigue en el hospital.

—¿Y? —dijo la profesora Beathag Hide.

Sus ojos se clavaron en Maximilian como si fueran un par de rayos diseñados para matar a criaturas pequeñas e indefensas, criaturas muy parecidas al pobre chico, cuya vida en el colegio era un infierno constante por culpa de su nombre, sus gafas, su uniforme —nuevo y perfectamente planchado— y su profundo y obcecado interés por las teorías sobre el Gran Temblor que había sacudido el mundo entero cinco años atrás.

—En esta clase no tenemos abuelos enfermos —declaró con menosprecio la profesora Beathag Hide—. Ni parientes moribundos, ni padres violentos o perros que se comen los deberes, los uniformes escolares no encogen en la lavadora, ni se pierden los almuerzos, nadie sufre alergias, trastornos de déficit de atención, depresiones ni acoso, no se consumen drogas o alcohol y los ordenadores no se cuelgan... Me da lo mismo, de hecho, es que me da exactamente igual lo desoladas y patéticas que sean vuestras insignificantes vidas.

Su voz, que había ido convirtiéndose en un susurro oscuro, se alzó hasta transformarse en un rugido:

—¡Sean cuales sean nuestros problemas, aquí trabajamos en silencio y no valen las excusas!

Toda la clase se estremeció, incluso Wolf Reed, que era defensa en el equipo de rugby y no le tenía miedo a nada.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó la profesora.

—¡Trabajamos en silencio y sin excusas! —corearon todos al unísono.

—¿Y cómo es nuestro trabajo?

—¡Nuestro trabajo es excelente!

—¿Y cuándo llegamos a clase de literatura?

—¡Llegamos a la hora! —siguió coreando la clase, que casi había empezado a relajarse.

—¡No! ¡¿Cuándo llegamos a clase de literatura?!

—¿Cinco minutos antes? —entonaron esta vez.

Si pensáis que es imposible entonar una pregunta, lo único que os puedo decir es que el intento no les salió nada mal.

—Bien. ¿Y qué pasa si flaqueamos?

—¡Que debemos ser más fuertes!

—¿Y qué les pasa a los débiles?

—¡Que se los castiga!

—¿Cómo?

—¡Bajándolos al segundo grupo!

—¿Y qué significa «bajar al segundo grupo»?

—¡Fracasar!

—¿Y qué hay peor que el fracaso?

Entonces la clase vaciló. Durante la última semana habían aprendido todo lo que debían saber sobre el fracaso y lo que significaba bajar de grupo. Los habían machacado con eso de que nunca había que quejarse ni poner excusas, que debían recurrir a sus reservas de fuerza interior más profundas y ocultas —lo cual daba un poco de miedo, pero en realidad resultaba bastante útil para algunos de los niños más problemáticos—, y que no debían llegar sólo a tiempo, sino siempre cinco minutos antes. Algo que, por cierto, es imposible si sales de matemáticas cinco minutos tarde, o si acabas de tener educación física y Wolf y sus amigos del

equipo alevín de rugby te han escondido los pantalones en una tubería vieja.

—¿La muerte? —se arriesgó a decir uno de ellos.

—¡Respuesta equivocada!

Todos guardaron silencio. Una mosca zumbó por la sala, aterrizó en el pupitre de Lexy y subió hasta su mano. En la clase de la profesora Beathag Hide rezabas para que ninguna mosca te aterrizara encima, para que ningún rayo de sol iluminara por un momento tu pupitre, para que —¡horror de los horrores!— tu nuevo mensáfono no se pusiera a pitar con un mensaje de tu madre sobre el almuerzo o sobre quién te llevaría a casa. Rezabas para que fuera el pupitre de otro, el mensáfono de otro. Cualquier otro que no fueras tú.

—Eh, niña —señaló la profesora Beathag Hide—. Con-
testa.

Lexy, como casi todo el que sale de un estado de meditación profundo, sólo fue capaz de mirarla y parpadear. Sabía que aquella mujer increíblemente alta le había preguntado algo, pero... No tenía ni idea de la respuesta, y en realidad tampoco de la pregunta. ¿Le habría preguntado tal vez qué estaba haciendo? Parpadeó de nuevo y dijo lo primero, o más bien lo único, que le vino a la cabeza.

—Nada, profesora.

—¡Excelente! Eso es. No hay nada peor que el fracaso. Pasas a ser la primera de la clase.

Así pues, durante el resto de la hora, Lexy, que sólo aspiraba a que la dejaran en paz, se vio obligada a llevar una estrella dorada prendida del jersey verde del colegio para evidenciar que era la primera de la clase. Y el pobre Maximilian, que ni siquiera recordaba qué era lo que había hecho mal, tuvo que sentarse en un rincón con un capirote que olía a moho y a ratones muertos, porque era un capirote antiguo, auténtico, de cuando los profesores tenían permitido mandarte a un rincón con un capirote.

¿Podían hacerlo hoy en día? Era probable que ahora no, pero estaba claro que los alumnos de la profesora Beathag

Hide no iban a hacer cola para denunciarla. Maximilian, a pesar de ser uno de los niños más «dotados», era a menudo el último de la clase, y estaba a punto de bajar al segundo grupo. La única persona a la que le iba todavía peor que a él era Effie, pero ella ni siquiera estaba allí.

2

Euphemia Truelove, cuyo nombre completo era Euphemia Sixten Bookend Truelove, aunque todos la llamaban Effie, apenas recordaba a su madre. Aurelia Truelove había desaparecido cinco años atrás, cuando su hija sólo tenía seis, la noche que el resto del mundo recordaba perfectamente por culpa del Gran Temblor.

En el país en el que vivía Effie, casi todos los habitantes estaban durmiendo cuando estalló el Gran Temblor, a las tres de la madrugada, pero en otros países lejanos se evacuaron colegios y se cancelaron vuelos. La sacudida duró siete minutos y medio, que es mucho tiempo teniendo en cuenta que los terremotos normales sólo duran unos segundos. Los peces salieron disparados del mar, los árboles se desgajaron del suelo con la misma facilidad con que se arranca una planta de una maceta, y en algunos sitios llovieron ranas. No se sabe cómo, pero no murió ni una sola persona en todo el planeta.

Excepto la madre de Effie.

Bueno, tal vez.

Porque... ¿Había muerto? ¿O sencillamente había huido por alguna razón? Nadie lo sabía. Después del Gran Temblor, casi todos los teléfonos móviles dejaron de funcionar e internet cayó. Durante unas semanas imperó el caos absoluto. Si Aurelia Truelove hubiera querido enviar un mensaje a su marido o a su hija, no habría podido hacerlo.

O quizá lo había intentado, y el mensaje se había perdido. Tecnológicamente hablando, era como si el mundo hubiera retrocedido hasta 1992. El universo cibernético desapareció y, mientras se buscaba una solución, no tardó en ser reemplazado por los Sistemas de Tableros Electrónicos, o STE, unos sistemas de luces parpadeantes para conectarse a la red y a los que se accedía mediante los módems de marcación telefónica de los viejos tiempos. La gente pensaba que las cosas acabarían volviendo a la normalidad.

Pero no fue así.

Después del Gran Temblor que sacudió el mundo entero, todo cambió para Effie, aunque en otro sentido y en otros aspectos. Porque se quedó sin madre, y porque después del último ascenso de su padre en la universidad —que lo obligaba a trabajar todavía más por aún menos dinero— no quedaba nadie en casa para cuidar de ella, de manera que empezó a pasar mucho tiempo con su abuelo Griffin Truelove.

Griffin era un hombre muy viejo con una barba blanca muy larga que vivía en un laberinto de habitaciones en el último piso de la Antigua Rectoría, en la parte más vieja, oscura y gris de Ciudad Antigua. En otros tiempos había sido una persona alegre que le prendía fuego a su barba tan a menudo que siempre tenía cerca un vaso de agua para ponerla en remojo. Sin embargo, durante los primeros meses que Effie estuvo con él apenas le dirigió la palabra. Bueno, excepto para decirle «Por favor, no toques nada» y «Sé buena y no hagas ruido».

Después de clase, Effie se pasaba horas y horas en las habitaciones de su abuelo examinando, sin tocarlo, el contenido de sus extraños armarios viejos, mientras él fumaba en pipa y escribía en un cuaderno negro y enorme de tapa dura sin hacerle caso. No es que se portara mal con ella, pero parecía muy distante y ocupado con su cuaderno negro y con el viejo manuscrito que por lo visto tenía que consultar cada cinco minutos, y que estaba escrito en una lengua que Effie no reconocía. Antes del Gran Temblor, ella y su madre habían ido alguna que otra vez a aquella casa,

y los ojos del abuelo Griffin siempre brillaban cuando hablaba de sus viajes o le enseñaba a Aurelia algún objeto o algún libro nuevo que había encontrado. Ahora, sin embargo, rara vez salía de allí. Effie creía que probablemente su abuelo estaba muy triste por la desaparición de su hija. Ella también lo estaba.

Los armarios de Griffin Truelove albergaban toda clase de objetos extraños hechos con seda, cristal y metales preciosos. Había dos candelabros de plata con gemas incrustadas junto a una pila de paños con unos bordados exquisitos de flores, frutas y personajes con unas túnicas vaporosas. Había lámparas de aceite ornamentadas y cajas talladas en madera negra con unas cerraduras pequeñas de bronce, pero sin llaves a la vista. Había esferas, grandes y pequeñas, que representaban mundos conocidos y desconocidos. Había cráneos de animales, cuchillos afilados y varios cuencos deformes de madera con unas cucharitas a juego. En uno de los armarios guardaba mapas doblados, velas blancas y finas, papel grueso de color crema y frascos llenos de tinta azul. Y en otro, bolsas de rosas y demás flores secas. En una rinconera había un montón de tarros alineados: unos con semillas, otros con carbón, tierra roja, hojas prensadas, lacre, cristales marinos, pan de oro, ramitas negras secas, vainas de canela, fragmentos de ámbar, plumas de búho y aceites caseros de todo tipo de plantas.

—¿Tú sabes hacer magia, abuelo? —le preguntó Effie un día, más o menos un año después del Gran Temblor.

Parecía la única explicación posible a aquella cantidad de cosas raras que acumulaba en los armarios. Effie sabía mucho de magia por los libros de Laurel Wilde, que trataban de un grupo de amigos que iban a una escuela de magia. Todos los niños, e incluso algunos adultos, deseaban en secreto ir a ese colegio y aprender a lanzar hechizos y hacerse invisibles.

—Todo el mundo sabe hacer magia —fue la vaga respuesta del abuelo.

Effie sabía perfectamente, por los libros de Laurel Wilde, que sólo unas pocas personas especiales nacían con la

capacidad de hacer magia, de manera que sospechaba que su abuelo se estaba burlando de ella. Pero, por otra parte...

—¿Me haces algún truco? —le pidió.

—No.

—¿Me enseñas a hacer alguno?

—No.

—¿Tú crees de verdad en la magia?

—No importa si creo o no.

—¿Qué quieres decir, abuelo?

—Calla ya, chiquilla. Tengo que seguir con el manuscrito.

—¿Puedo ir a dar una vuelta por tu biblioteca?

—No.

Effie volvió a fijarse en la vitrina que contenía numerosos frasquitos de piedra, tapados con corchos negros, y varias plumas de escribir que eran realmente de ave. A veces subía por la escalera estrecha que llevaba a la biblioteca del ático y probaba a girar la manija, pero la puerta siempre estaba cerrada. A través del cristal azul, veía las altas estanterías llenas de libros de aspecto muy viejo. ¿Por qué no dejaba su abuelo que entrara a verlos? Al fin y al cabo, los adultos siempre estaban dando la tabarra con que los niños debían leer.

Sin embargo, los adultos sólo querían que los niños leyeran los libros que a ellos les parecían bien. El padre de Effie, Orwell Bookend —que no tenía el mismo apellido de Effie porque Aurelia había insistido en mantener su apellido de soltera para pasárselo a su hija—, le había prohibido leer los libros de Laurel Wilde justo antes de que saliera el sexto volumen de la serie. No quería que tuviera nada que ver con la magia, lo cual le pareció muy extraño, dado que su padre no creía en ese tipo de cosas. Pero, de repente, un día que había bebido demasiado vino, le había dicho que debía mantenerse alejada de la magia porque era «peligrosa». ¿Cómo podía ser peligroso algo que no existía? Effie no tenía ni idea. Y ahora, por mucho que preguntara a su abuelo, éste nunca le explicaba nada, de manera que la niña decidió cambiar de estrategia.

—Abuelo... —comenzó un miércoles por la tarde, poco antes de cumplir once años—. ¿En qué idioma estás leyendo? Ya sé que estás haciendo una traducción o algo así, pero ¿de dónde ha salido ese manuscrito?

—Así que sabes que estoy haciendo una traducción, ¿eh? —Griffin asintió, y en sus labios casi se dibujó una sonrisa—. Muy bien.

—Pero ¿qué idioma es?

—Rosiano.

—¿Y quién habla rosiano?

—Una gente que vive muy muy muy lejos.

—¿En un sitio donde hacen magia?

—Ay, chiquilla. Mira que te lo tengo dicho: todo el mundo hace magia.

—Pero ¿cómo?

El abuelo suspiró.

—¿Alguna vez te has despertado por la mañana y has rezado para que no lloviera, o lo has deseado con mucha fuerza?

—Sí.

—¿Y funcionó?

Effie se quedó pensando.

—No lo sé.

—Bueno, a ver, ¿llovió o no llovió?

—No. Vaya, creo que no.

—Bien, entonces hiciste magia. ¡Bravo!

Desde luego, la magia no funcionaba así en los libros de Laurel Wilde. Había que pronunciar un hechizo concreto si querías que dejara de llover. Y había que comprar ese hechizo en una tienda y luego conseguir que alguien te lo enseñara, y...

—¿Y si de todas formas no iba a llover?

Su abuelo volvió a suspirar.

—Euphemia, le prometí a tu padre que...

—¿Qué le prometiste?

Griffin se quitó las gafas. La fina montura de plata antigua centelleó al reflejar la luz. El anciano se frotó los ojos y luego miró a Effie como si acabara de descender una cortina y descubrir un jardín soleado.

—Le prometí a tu padre que no te enseñaría nada de magia. Sobre todo después de lo que ocurrió con tu madre. Y también prometí a otras personas que no haría nada de magia durante cinco años, y así ha sido, aunque... —Consultó el reloj—. Los cinco años expirarán el martes que viene. Las cosas se pondrán más interesantes entonces. —Soltó una risita y encendió la pipa.

—¿Estás de broma, abuelo?

—Por Dios bendito, chiquilla. No, ¿por qué iba a estar de broma?

—¿Así que entonces me enseñarás magia? ¿Magia de verdad? ¿El martes que viene?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque se lo prometí a tu padre y soy un hombre de palabra. Además, hay personas muy influyentes que no ven con buenos ojos que se enseñe magia a los niños... Bueno, a menos que sean ellos los que lo hagan, claro. Pero puedo enseñarte un idioma o dos, si quieres... Algo de traducción. Es probable que ya tengas edad suficiente para eso. Y tal vez sea hora de que veas también la biblioteca.

La biblioteca de Griffin Truelove era una habitación cuadrada de techo alto con un montón de madera pulida de color oscuro. Había una mesita con una lámpara de cristal verde, que tenía una vela en lugar de una bombilla. (Mucha gente utilizaba velas para leer ahora que las bombillas iluminaban tan poco y eran tan caras.) La habitación olía un poco a cuero, a incienso y a cera de vela. Los libros eran volúmenes pesados y gruesos, de tapa dura, encuadernados en cuero, terciopelo o una delicada tela de distintos tonos de rojo, púrpura y azul. Las páginas eran como de color crema, y las letras impresas, muy negras y de aspecto antiguo. Sin duda contaban grandes aventuras que tenían lugar en tierras desconocidas.

—Sólo hay una regla, Euphemia, y quiero que me prometas que la respetarás siempre.

Effie asintió.

—Sólo puedes leer los libros de uno en uno, y siempre tienes que dejar el que estés leyendo encima de la mesa. Es muy importante que yo sepa qué lees. ¿Lo entiendes? Y no puedes sacar ningún libro de la biblioteca.

—Lo prometo. Acaso estos libros... ¿son mágicos?

Su abuelo frunció el ceño.

—Todos los libros lo son, chiquilla. Sólo tienes que pensar en el efecto que provocan en la gente. Los hombres van a la guerra en función de lo que leen en los libros. Creen en «hechos» sólo porque están escritos. Deciden adoptar sistemas políticos, viajar a un lugar y no a otro, dejar el trabajo y embarcarse en una gran aventura, amar u odiar por los libros. Todos tienen un poder tremendo. Y el poder es magia.

—Pero estos libros... ¿son mágicos de verdad?

—Son últimas ediciones —respondió Griffin—. Mucha gente colecciona primeras ediciones, porque son muy raras. Pero las últimas ediciones son todavía más especiales. Cuando seas mayor entenderás por qué.

Y se negó a decir nada más.

Los siguientes meses pasaron mucho más deprisa que los cinco años previos. Su abuelo empezó a salir de nuevo a vivir lo que él llamaba sus «aventuras» y, a veces, cuando Effie iba a verlo después de clase, se lo encontraba quitándose las gruesas botas marrones y guardando la bolsa gastada de cuero y la bolsita de tela con el dinero. En una ocasión lo vio meter un palo muy raro en un cajón secreto de su gran escritorio de madera, pero cuando le preguntó al respecto, Griffin le dijo que se ocupara de sus cosas y siguiera con la traducción.

Effie aprendió rosiano muy rápido, y ahora estaba estudiando otro idioma, el llamado «antiguo inglés bastardo». Soñaba con vivir aventuras como las que leía en los libros de la biblioteca de su abuelo, en las que a lo mejor tenía que preguntarle a alguien en rosiano cuánto costaba dejar a su caballo en la cuadra el fin de semana, o en antiguo inglés bastardo qué criaturas peligrosas podía encontrarse esa noche en los bosques («¿Qué fieras bestias podré encontrar en desta selva cuando fuera noche?»).

Seguía soñando también con la magia, pero aún no había sido testigo de nada mágico, de modo que cuando volvió a ver a su abuelo metiendo otro objeto en su cajón secreto —esta vez se trataba de un cristal transparente—, le preguntó de nuevo:

—¿Las cosas de ese cajón son mágicas, abuelo?

—Mágicas —repitió él, pensativo—. Mmm... Sí, ya veo que no dejarás de preguntarme sobre eso, ¿verdad? Pues bien, en mi opinión, la magia está sobrevalorada. Tienes que entender que no siempre puede recurrirse a ella; de hecho, casi nunca se puede, y menos en este mundo. La magia cuesta y es difícil. Recuerda esto, Effie, porque es importante: si quieres que una planta crezca en este mundo, debes enterrar una semilla, regarla, darle calor y dejar que los brotes vean el sol. No se usa magia para eso, porque utilizarla para llevar a cabo una tarea tan complicada, ¡la creación de vida, nada menos!, no sólo es un despilfarro, sino además innecesario. Más adelante, a medida que vayan pasando los años, supongo que verás cosas extrañas y maravillosas, cosas que probablemente ahora no puedas ni imaginar. Pero nunca olvides que muchas de las cosas que pasan a diario, como cuando una semilla se convierte en una planta, por ejemplo, son incluso más increíbles y complejas que la magia más difícil. Utilizarás la magia en muy raras ocasiones, por eso necesitas dominar primero otras habilidades.

—¿Qué otras habilidades?

—Los idiomas. Y...

El anciano reflexionó un instante y metió la barba en el vaso de agua, a pesar de que no estaba ardiendo. Luego se la escurrió despacio antes de añadir:

—Puede que haya llegado el momento de iniciarte en el pensamiento mágico. Para hacer magia, primero necesitas dominar el pensamiento mágico. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Once.

—Bien. Empezaremos mañana.



Effie fue incapaz de resolver la primera tarea de pensamiento mágico que le puso su abuelo. Griffin se la llevó al recibidor y le enseñó tres interruptores.

—Cada uno enciende una luz distinta del piso —le explicó—. Uno la luz principal de la biblioteca, otro la lámpara que hay junto a mi butaca, y el tercero, la de la alacena donde guardo el vino. Son las luces que utilizo más a menudo y las que siempre olvido apagar cuando salgo. La electricidad es ahora muy cara y, cómo no, aplican unas multas considerables por usarla cuando hay un Toque de Sombra, por eso hice que colocaran los interruptores al lado de la puerta. Verás que desde aquí no puede saberse qué luz enciende cada interruptor. Tu tarea es averiguarlo. Sin embargo, ahí radica la dificultad: puedes hacer lo que quieras con los interruptores, pero sólo podrás ir una vez a ver qué luz se ha encendido y, cuando lo hagas, únicamente podrá haber accionado un interruptor. Además, sólo podrás darle e ir a mirar cuando estés segura de la respuesta. No tendrás una segunda oportunidad.

—Así que no puedo probar un interruptor, ir a ver qué luz se ha encendido y luego volver a probar con otro y memorizarlo.

—No, eso sería muy fácil. Cuando tengas la respuesta, deberás explicarme cómo has dado con ella. Por supuesto, lo más interesante es precisamente ese «cómo».

—Así que tampoco es cuestión de suerte.

—No. Tienes que utilizar el pensamiento mágico.

—Pero ¿cómo puedo...?

—Si lo consigues, tendrás un premio —aseguró Griffin.

—¿Qué premio?

—Ah... Eso no voy a decírtelo.



A partir de entonces, cada vez que Effie iba a la Antigua Rectoría se quedaba junto a los interruptores e intentaba resolver el enigma, aunque seguía sin saber cómo hacerlo. Odiaba darse por vencida, pero por mucho que le pidiera

pistas a su abuelo, él no soltaba prenda. En lugar de eso, entre una traducción y otra le planteaba nuevos problemas de pensamiento mágico. Algunos, más que acertijos, parecían chistes.

—Por ejemplo —le dijo un par de semanas antes de que empezara las clases en el Colegio Tusitala—, imagínate que un hombre lanza una pelota a una distancia corta, y entonces la pelota invierte la dirección y le vuelve a las manos. La pelota no ha rebotado en ninguna pared ni en ningún otro objeto, y tampoco está atada a ningún cordel ni a nada parecido. Sin magia, ¿cómo podría ocurrir algo así?

Effie se pasó todo un día pensando y al final tuvo que rendirse.

—¿Cuál es la respuesta, abuelo? —le preguntó, justo antes de regresar a casa por la noche.

—Que lanzó la pelota al aire, chiquilla.

Effie se echó a reír. ¡Pues claro! Qué bueno.

Su abuelo, sin embargo, se puso serio.

—Tienes que dominar el pensamiento mágico antes de intentar siquiera los trucos de magia más básicos —le dijo—. Debes aprender a pensar. Y, por lo visto, no nos queda mucho tiempo.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué no nos va a quedar mucho tiempo? —le preguntó.

Pero Griffin no contestó.